

LIBRO SEGUNDO

El amor cristiano en el matrimonio

ARTS Split Pro

CAPÍTULO PRIMERO

El amor puro y fiel.

Reservas de Dios en el campo de la humanidad cristiana.—La vocación más común es la del matrimonio.—Es necesario santificarse en él.—La gracia ayuda á la naturaleza y perfecciona el amor natural.—Primera perfección en relación á la unión conyugal; la gracia hace al amor puro y fiel.—1.º Amor puro.—Amor carnal.—Amor de imaginación.—Amor sensato.—Amor del cristiano: cómo es puro este amor.—2.º Amor fiel.—Las promesas de la eternidad.—Dificultad de alcanzarlas.—El hombre honrado y el cristiano.—La gracia enseña al esposo cristiano su deber, le une á su deber y le enseña á desconfiar de los enemigos de su deber.—Pintura de un amor fiel.

EL primero y principal fin del matrimonio es la propagación de la raza humana. Bajo este punto de vista, Dios ha declarado sus propósitos por el mandato que dictó á la primera pareja: «Creced, multiplicaos y llenad la tierra.»

¿Cómo se aplicó esta ley en el estado de inocencia y de inmortalidad?—No lo sabemos, ni necesitamos saberlo. Contentémonos con saber por Santo Tomás, que no es razonable el creer, como ciertos doctores demasiado preocupados de nuestras pasiones y de nuestras miserias actuales, que Dios respetando la pureza de nuestros primeros padres, debía renovar en cada individuo de la humanidad el gran acto de la creación. En todos los

estados es una honra el dar la vida, reuniendo así el principio de todo sér y de toda vida; y este honor debió ser sin peligro y sin mancha para una naturaleza pura, que no veía en la carne, sino la casta hermosura de que Dios la había revestido en su principio, que ignoraba sus estímulos, que no sospechaba siquiera sus criminales placeres y que debía multiplicar la gracia al mismo tiempo que la vida (1).

En nuestra decaída naturaleza no sucede lo mismo. La honra subsiste, pero va acompañada de inconvenientes, de tribulaciones y de peligros ante los cuales retroceden ciertas almas; no para ahorrarse el trabajo y la pena, lo que sería vergüenza y cobardía, sino porque temen que no tendrían la libertad suficiente para consagrarse á Dios.

Están en su derecho, como está en su derecho Dios estableciéndose algunas reservas en el vastísimo campo de la humanidad, del cual es dueño y señor. Si el hombre, propietario de la tierra, puede reservarse en su dominio y cerca de su residencia un rincón privilegiado, mejor que los otros, en el cual los bosques y los jardines, el césped y las flores alegrarán su mirada y le enviarán ondas de perfume para descanso de sus fatigas y recompensa de sus trabajos, ¿por qué Dios después de haber santificado la unión del hombre y de la mujer, á fin de obtener un fruto más puro y más abundante de los retoños de la raza humana, no ha de escoger en la sociedad cristiana, como un jardín de almas más adictas á su majestad santa, para asegurarse homenajes más cumplidos, y destinadas á ser por la virginidad, copias de su perfección, ángeles de la tierra, las esposas privilegiadas de su Cristo, el Evangelio viviente?

Dios ha hecho su elección: el estado de celibato y virginidad es uno de los más bellos y más útiles ornamentos de la sociedad cristiana. Pero no todos son llamados á él. La vocación del mayor número es la de representar en el matrimonio la admirable fecundidad de Dios y santificarse, difundiendo en su derredor el puro bien de la vida.

Pero, ¿cómo se logra esta santificación? Sujetos al lazo de la vida conyugal, el hombre y la mujer deben luchar contra los inconvenientes, las tribulaciones y los peligros que el Apóstol señala á los fieles, y que trató de evitar. Dos cosas luchan en el matrimonio: el espíritu y los sentidos: ruda tarea, en la cual hay

que establecer el equilibrio entre partes tan contrarias, y sujetar la parte física á la moral. Si Dios permite al cristiano usar del peligroso placer de los sentidos, no debe jamás olvidar el respeto á las consideraciones del orden espiritual. ¡Cuántas dificultades para conseguirlo! ¡Cuánto tiempo se necesita para poner á raya las exigencias imperiosas de aquellos sentidos!

Aparte de esto, los esposos deben vigilar su corazón, regular sus movimientos, y no deben olvidar, por un amor demasiado terreno, el santo amor de Dios.

Por otra parte, sujetos á la vida común en la cual pueden chocar los caracteres, luchar las naturalezas y causar disgustos las enfermedades, los esposos están obligados para unir sus pensamientos, sus deseos, sus gustos y sus afectos en la unión íntima que Dios les ha prometido por boca de Adán, el practicar un sinnúmero de virtudes, con las cuales son fáciles los más generosos esfuerzos. Convertidos en instrumento, con su unión, de la acción creadora de Dios, en medio de las preocupaciones y los cuidados de que depende la existencia y la suerte de la familia, deben cuidar de una manera esquisita que no descienda el nivel de su vida espiritual, y no descuidar el servicio de Dios y el cuidado de su perfección mutua.

La naturaleza es incapaz por sí sola de llenar tan santa y tan noble tarea. Por tierno y noble que sea el amor que preside á la unión conyugal, para formar un lazo indestructible, á cada instante corre el peligro de ser vencido por las dificultades que acabamos de indicar, si no cuenta con el socorro de la gracia.

Debemos dar gracias infinitas á Dios, que ha dado á los esposos el medio de santificarse, sometiéndose á la acción del sacramento que instituyó para consagrar su unión. *La gracia de este sacramento*, dice el Concilio de Trento, *perfecciona el amor natural*; es decir, convierte el amor natural en amor cristiano. En el primer libro hemos dado una idea de sus efectos; ahora es necesario estudiarlo más de cerca, seguir paso á paso el perfeccionamiento del amor natural en la unión conyugal, en la vida común, en el gobierno doméstico y la vida de familia.

Con relación á la unión conyugal, la gracia hace el amor puro y fiel; la vida común paciente y abnegada; en el gobierno doméstico, la gracia ilustra y dirige el amor paternal y maternal; y en fin, en la vida de familia la gracia hace prevalecer el amor divino,

sobre todos los afectos humanos, y establece el reino de Dios con la santa religión del hogar.

Estudiemos ante todo, el perfeccionamiento del amor por la pureza y la fidelidad.

§ I.

CÓMO LA GRACIA PURIFICA EL AMOR NATURAL.

La forma más grosera del amor natural, y puede decirse la más baja, es este apetito carnal que nos es común con el bruto, y cuyo aguijón es la mayor vergüenza de nuestra naturaleza decaída. No debe contenernos cierto respeto para los oídos y los corazones castos. Es lícito al hombre, dice el Apóstol, buscar un remedio en el matrimonio (2). Pero si se limitase á ello, si no se amase á la carne sinó para satisfacer ó al menos aquietar la carne, no se libraría del oprobio de oirse decir:—Tenéis un amor propio de la bestia.

Por encima del apetito carnal, pero muy cerca de los sentidos, en esta región agitada en que se precipitan las imágenes del mundo exterior, y en que el alma recibe las impresiones más vivas, hay un amor que se fija en la hermosura de las formas y la rodea de una especie de adoración. Le llamaremos el amor de imaginación: no ve sino los rasgos, las miradas, las sonrisas que le encantan, y no quiere creer que la perfección de la imagen exterior que contempla, es sólo la galanura de una frágil flor que la edad marchitará muy pronto; lejos de garantizarse contra el inevitable desencanto, con que la amenazan las traiciones del tiempo, presta inconsideradamente toda clase de perfecciones al ídolo que admira, juzga el alma por su envoltura, y el carácter y las virtudes, por las seducciones que el arte ó la naturaleza han desplegado. Su breve filosofía le persuade de que la hermosura que encanta sus ojos debe siempre ser el reflejo de mil gracias ocultas y que puede contar con todas las cualidades de la inteligencia y del corazón, cuando la pureza de los rasgos y la llama de la mirada son la expresión de una hermosa fisonomía. Cuando se ama así, se ama como un loco.

Hay otro amor al que no ciegan ni las sorpresas de los sentidos, ni las fantasías de la imaginación, y que no quiere fijarse

sino en la inmaterial hermosura del alma; no la supone, la busca en sus reales manifestaciones. Lo que seduce á los ojos, no le parece segura garantía de las sólidas perfecciones, que por sí solas, merecen nuestra elección y nuestra preferencia. Por consideración á intereses, con que la codicia puede quedar satisfecha, no transigirá jamás con repugnancias, llenas de peligros para el porvenir de una unión que sólo la muerte puede romper; pero está dispuesto á sacrificar la hermosura externa que el mundo admira, á la hermosura oculta, cuyos encantos acrecientan la edad y la experiencia. Una inteligencia clara, le encanta más que las armoniosas líneas de una figura escultural; á las brillantes cualidades del espíritu, prefiere aún un juicio recto, un carácter entero, un corazón bueno y generoso; lo que admira en un alma, lo que estima, lo que coloca sobre todos los demás bienes, es la armonía de los santos hábitos que se han formado por una serie de buenas acciones y valerosos esfuerzos, es el esplendor de las virtudes.—Este es el amor sensato; todo lo que la naturaleza puede producir de más puro y más adecuado, para asegurar la felicidad de la unión conyugal. No debe creerse que la alcance fácilmente por sus propias fuerzas; generalmente, allí donde se encuentra el amor sensato, no es extraño encontrar la gracia.

Cualesquiera que sean la nobleza y la pureza de los motivos que determinan y regulan sus afectos, el hombre no puede despojarse del elemento grosero, que por su naturaleza, conspira contra la perfección. Así, dice el Apóstol, la carne apetece lo contrario que el espíritu y tiende á envilecerle (3). Este apetito es de todos los momentos, y es tanto más peligroso, cuando se persuade que puede accederse á todas sus exigencias, cuando una unión legítima le ha librado de la deshonor. No es, pues, extraño que el hombre después de haberse elevado hasta el amor sensato se vea atormentado por el amor de la bestia y deje caer; por otra parte, la imaginación dominada un instante por la razón, no ha renunciado á todas sus locuras; por poco que se la favorezca, se complace en soñar bienes que no posee, y acaba por echar de menos los encantos físicos que se habían sacrificado, por ventajas de un orden superior.

No es imposible que el hombre sensato pueda en esta lucha hacer prevalecer el amor puro, por las solas fuerzas de la razón y